

La calle para el miércoles dos de septiembre de 2009
Diario de un espectador
Alfonso Méndez Plancarte
por miguel ángel granados chapa

Hoy hubiera cumplido cien años don Alfonso Méndez Plancarte, pero su vida se apagó tempranamente, antes de cumplir medio siglo. Nacido en Zamora el dos de septiembre de 1909, sus padres fueron el abogado Perfecto Méndez Padilla y doña María Plancarte Igartúa. Es explicable que su hermano mayor Gabriel no lo indujera sólo a abrazar la carrera sacerdotal, sino también a estudiarla poniendo énfasis en la cultura griega y latina, en que ambos sobresaldrían.

Tras graduarse los dos en la Universidad gregoriana de Roma y en la Pontificia universidad mexicana, también situada en la capital de Italia, en los tiempos en que el tratado de Letrán reconoció personalidad jurídica al Vaticano, los Méndez Plancarte se instalaron en una casa de la colonia Santa María, que al paso de los años se convirtió en sede de una tertulia dominical que convocaba a algunos de los grandes humanistas de México, escritores y poetas cuyos nombres han sustituido al bautizo botánico de aquella colonia. En vez de Pino, Cedro, Chopo, las calles de ese barrio se llaman hoy, por ejemplo, Mariano Azuela y Enrique González Martínez, por sólo citar a los más eminentes contertulios de los Méndez Plancarte.

Estos sacerdotes, que encarnaban una tradición venida a menos (la de los hombres de altar que también lo eran de letras) patrocinaban la revista *Ábside*, que dio a la estampa algunos de los trabajos señeros de la cultura mexicana. Gabriel era sobre todo poeta, dicen los conocedores que valorado muy por debajo de sus merecimientos. Alfonso, por su parte, se consagró a la crítica y a la historia de la literatura. Al volver a México enseñaba en el seminario de la arquidiócesis capitalina y más tarde en el de su tierra natal. Pero en 1937 perdió la voz. Sin que se sepa exactamente por qué —lo que dio lugar a interpretaciones místicas, como su deseo insatisfecho de expresar lo inefable, lo que no puede decirse— se quedó mudo o poco menos.

De ese infortunio sacó provecho, pues en vez de dedicarse a la cátedra y a la conversación, se aplicó a la lectura, la investigación, las traducciones. Se hizo especialmente célebre su vasto conocimiento de la vida y obra de sor Juana Inés de la Cruz, a la que ponía como ejemplo de cómo la Iglesia católica puede vivificar la cultura y no sofocarla como reza el credo jacobino.

Don Tarcisio Herrera Zapién, sacerdote y académico de la lengua, como lo fueron los Méndez Plancarte, refirió el jueves pasado, en un agudo discurso celebratorio del centenario de Alfonso, su querella sorjuaniana con Ermilo Abreu Gómez. Al editar en cuatrocientas páginas su repertorio sobre la mona jerónima, el escritor yucateco se gloriaba de su conocimiento sobre aquel portento de las letras mexicanas. En diez artículos que luego fueron reunidos en un libro, Méndez Plancarte no dejó hueso sano a la bibliografía y biblioteca de sor Juana, según el jolgorioso juicio de don Tarcisio. Con elegancia y buena fe Abre Gómez reconoció sus confusiones y omisiones. Lo hizo en

una carta de tal modo noble, que fue incluida en la edición del demoledor examen de su propia obra. A raíz de esa discusión pública, el Fondo de cultura económica, que se aprestaba a publicar las obras completas de Juana Inés de Asbaje, encargó su edición a don Alfonso. Los volúmenes así publicados siguen siendo hoy, a casi setenta años de su aparición, fuente obligada para la comprensión de la obra sorjuanina.

Don Alfonso murió súbita pero serenamente el 8 de febrero de 1955. Participaba en unos ejercicios espirituales con otros sacerdotes cuando se sintió mal. En solo dos horas su vida se extinguió, no sin bromear con sus compañeros, a quienes habría dicho que la prédica sobre la muerte que habían escuchado se completaría teniendo allí a un muertito.